

VIVIR LA COMUNIDAD¹³

En nuestra época de ciudades despersonalizadas y despersonalizadas, muchos buscan la comunidad sobre todo cuando se sienten solos, fatigados, débiles y tristes. Para algunos, estar solos es insoportable; significa pregustar la muerte. La comunidad aparece entonces maravillosa como un lugar de acogida y participación.

Pero bajo otros ángulos, la comunidad es un lugar terrible. Es el lugar de la revelación de nuestros límites y de nuestros egoísmos. Cuando comienzo a vivir todo el tiempo con otras personas, descubro mi pobreza y mis debilidades, mis incapacidades de entenderme con algunos, mis bloqueos, mi afectividad o mi sexualidad perturbadas, mis deseos que parecen insaciables, mis frustraciones, mis celos, mis odios y mis ganas de destruir. Mientras estaba solo, podía creer que amaba a todo el mundo; viviendo ahora con otros, me doy cuenta hasta qué punto soy incapaz de amar, hasta qué punto le niego la vida a los demás. Y si soy incapaz de amar ¿qué es lo que queda de bueno en mí? Sólo me quedan tinieblas, desesperación y angustia. El amor es una ilusión. Estoy condenado a la soledad y a la muerte.

La vida comunitaria es la revelación muy penosa de los límites, las debilidades y las tinieblas de mi ser; es la revelación a menudo inesperada de los monstruos escondidos en mí. Ahora bien, esta revelación es difícil de asumir. Muy pronto tratamos de rechazar estos monstruos o volver a esconderlos, tratamos de pretender que ya no existen; o huimos de la vida comunitaria y de la relación con los demás; o incluso los acusamos a ellos y a los monstruos que hay en ellos.

Pero si aceptamos la presencia de estos monstruos, podemos dejarlos salir y aprender a domarlos. Es el crecimiento hacia la liberación.

Si somos acogidos con nuestras limitaciones y también con nuestras capacidades, la comunidad se convierte poco a poco en el lugar de la liberación; al descubrir que somos aceptados y amados por los demás, nos aceptamos y nos amamos mejor a nosotros mismos. La comunidad es entonces el lugar donde se puede ser uno mismo, sin miedo ni opresión. De este modo la vida comunitaria se hace profunda en la confianza mutua de todos sus miembros.

Ese lugar terrible se convierte entonces en lugar de vida y de crecimiento. No hay nada más bello que una comunidad en la que sus miembros comienzan a amarse realmente y a tenerse confianza unos a otros. “Ved: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos. Es unguento precioso en la cabeza, que baja por la barba de Aarón” (*Sal* 132).

Nunca comprendí muy bien esta referencia a la barba de Aarón, posiblemente porque nunca llevé barba. Pero si el unguento que baja por una barba es una sensación tan asombrosa como la vida comunitaria, ¿debe ser algo maravilloso!

* * *

La vida comunitaria es el lugar donde descubrimos la herida profunda de nuestro ser y donde aprendemos a asumirla. Podemos entonces empezar a renacer. Sí, nosotros hemos nacido a partir de esta herida.

¹³ De *Vie consacrée*, 1979, N° 2, pp. 67-91. Tradujo: Hna. M. Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María. Córdoba – Argentina.

Tender hacia los objetivos de la comunidad

Una comunidad debe tener algún proyecto. Si varias personas deciden vivir juntas sin especificar sus objetivos ni tener claro el por qué de su vida comunitaria, muy pronto surgirán conflictos y todo se derrumbará. Las tensiones en la comunidad se producen a menudo porque las personas tienen expectativas muy diferentes y no las denuncian. Pronto se descubre que lo que querían unos y otros era muy diferente. Me imagino que lo mismo sucede en el matrimonio. No se trata simplemente de querer vivir juntos. Si queremos que eso dure, debemos saber lo que queremos hacer juntos, lo que queremos ser juntos.

Esto implica que toda comunidad debe tener una regla o un proyecto de vida que especifique claramente por qué esas personas viven juntas y lo que se espera de cada una. Esto implica también que una comunidad, antes de ser fundada, debe disponer de un tiempo más o menos largo para preparar esta vida en común y clarificar sus opciones.

* * *

Cuanto más auténtica y creativa sea una comunidad en su búsqueda de lo esencial, tanto más sus miembros, que están llamados a superarse, tienden a unirse. A la inversa, cuanto más tibia se vuelva una comunidad con respecto a su objetivo inicial, tanto más corre el riesgo de pulverizarse la unidad entre sus miembros, y es posible que aparezcan tensiones. Los miembros ya no hablarán más de cómo responder mejor al llamado de Dios y de los pobres, sino de ellos mismos, de sus problemas, de sus estructuras, de su riqueza y su pobreza, etc. Hay una íntima relación entre estos dos polos de la comunidad: su objetivo y la unidad entre sus miembros.

* * *

Una comunidad deviene verdaderamente una e irradiante cuando todos sus miembros tienen una sensación de urgencia. En este mundo hay demasiada gente sin esperanza, demasiados gritos sin respuesta, demasiadas personas que mueren en su soledad. Solamente cuando los miembros de una comunidad se dan cuenta de que no están allí para sí mismos ni para su pequeña santificación personal, sino para acoger el don de Dios, para que venga su Reino y se derrame a fin de desalterar los corazones secos, entonces estos miembros viven plenamente la comunidad. Una comunidad debe ser una luz en el mundo tenebroso, una fuente en la Iglesia, para todos los hombres. No tenemos derecho a ser tibios.

De “la comunidad para mi” a “yo para la comunidad”

Una comunidad es comunidad solamente cuando la mayoría de sus miembros está pasando de “la comunidad para mi” a “yo para la comunidad”, es decir, cuando el corazón de cada uno se empieza a abrir a cada miembro, sin excluir a nadie. Es el paso del egoísmo al amor, de la muerte a la resurrección: es la pascua, el paso del Señor, pero también el paso de una tierra de esclavitud a una tierra prometida, la de la liberación interior.

La comunidad no es cohabitación: eso sería un cuartel o un hotel. No es un equipo de trabajo y menos todavía ¡un nido de víboras! Es el lugar donde cada uno, o mejor dicho la mayoría (¡hay que ser realistas!) está emergiendo de las tinieblas del egocentrismo a la luz del amor verdadero.

Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás (*Flp 2,3-4*).

El amor no es sentimental ni es una emoción transitoria. Es una atención al otro que poco a poco deviene compromiso, reconocimiento de una alianza, de una pertenencia mutua. Es escuchar al otro, ponerse en su lugar, comprenderlo, sentirse concernido por él. Es responder a su llamado y a sus necesidades más profundas. Es compadecer, sufrir con él, llorar cuando él llora, alegrarse cuando se alegra. Amar es también ser feliz cuando él está allí, estar triste cuando él está ausente; es permanecer mutuamente uno en el otro, refugiándose uno en el otro. “El amor es una fuerza unificante”, dice Dionisio el Aeropagita. El amor es estar en tensión uno hacia el otro; pero sobre todo es tender los dos a las mismas realidades; es esperar y querer las mismas cosas; es comulgar con la misma visión, el mismo ideal. Y por eso es desear que el otro se realice plenamente según los caminos de Dios y en el servicio a los demás; es querer que sea fiel a su llamado, libre para amar en todas las dimensiones de su ser.

Aparecen aquí los dos polos de la comunidad: el sentimiento de pertenecer uno al otro, pero también el deseo de que el otro vaya más lejos en su don a Dios y a los otros, que sea más luminoso, que esté más profundamente en la verdad y en la paz.

La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta (*1 Co 13,4-7*).

* * *

Para que un corazón dé este paso del egoísmo al amor, de “la comunidad para mi” a “yo para la comunidad”, y la comunidad para Dios y para aquellos que lo necesitan, se necesita tiempo y múltiples purificaciones, constantes muertes y nuevas resurrecciones. Para amar, debemos morir sin cesar a nuestras ideas, nuestras susceptibilidades, nuestras comodidades. El camino del amor está tejido de sacrificios. Las raíces del egoísmo están muy profundas en nuestro inconsciente; a menudo constituyen nuestras primeras reacciones de defensa, de agresividad, de búsqueda de placer personal.

Amar no es solamente un acto voluntario por el cual nos disponemos a controlar y superar nuestra sensibilidad (es un comienzo), sino que implica una sensibilidad y un corazón purificados que van espontáneamente hacia el otro. Y estas purificaciones profundas se realizan sólo por un don de Dios, por una gracia que surge de lo más profundo de nosotros mismos, allí donde reside el Espíritu. “Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne, e infundiré mi espíritu en vosotros” (*Ez 36,26*). Jesús prometió enviarnos el Espíritu Santo, el Paráclito, para comunicarnos esta energía nueva, esta fuerza, esta cualidad del corazón que nos permite acoger verdaderamente al otro –incluso al enemigo– tal cual es: soportar todo, creer todo, esperar todo. Aprender a amar exige toda una vida, porque es necesario que el Espíritu Santo penetre todos los rincones de nuestro ser, todas esas partes donde hay miedos, temores, defensas, celos.

La comunidad comienza a formarse cuando cada uno hace un esfuerzo por acoger y amar a cada uno de los demás tal cual es.

Acogeos mutuamente como os acogió Cristo (*Rm 15,17*).

Simpatías y antipatías

Los dos grandes peligros de una comunidad son los “amigos” y los “enemigos”. La gente que se parece se agrupa muy pronto; nos gusta mucho estar con alguien que nos agrada, que tiene las mismas ideas que nosotros, los mismos modos de concebir la vida, el mismo tipo de humor. Nos alimentamos uno al otro; nos adulamos: “eres maravilloso”, “tú también eres maravilloso, nosotros somos los inteligentes, los astutos”. Las amistades humanas pueden muy pronto resultar en un club de mediocres, donde se encierran unos en otros; mutuamente se adulan y se hacen creer que son los más inteligentes.

La amistad entonces ya no es más un estímulo para ir más lejos, para servir más a nuestros hermanos y hermanas, para ser más fieles al don que nos ha sido dado, para estar más atentos al Espíritu y continuar caminando por el desierto hacia la tierra prometida de la liberación. Se hace sofocante y constituye un obstáculo que impide ir hacia los demás, atentos a sus necesidades. A la larga, algunas amistades se transforman en una dependencia afectiva que es una forma de esclavitud.

* * *

En una comunidad hay también “antipatías”. Hay siempre personas con quienes yo no me entiendo, que me bloquean, que me contradicen y que sofocan el impulso de mi vida y de mi libertad. Su presencia parece amenazarme y provoca en mí agresividades o una forma de regresión servil. En presencia de ellas, soy incapaz de expresarme y de vivir. Otras hacen nacer en mí sentimientos de envidia y de celos; son todo lo que yo quisiera ser y su presencia me recuerda que no lo soy. Su irradiación y su inteligencia me remiten a mi propia indignidad. Otras me exigen demasiado. No puedo responder a su incesante búsqueda afectiva. Debo rechazarlas. Estas personas son mis “enemigas”; ellas me ponen en peligro; y aunque no me anime a admitirlo, las odio. Este odio, ciertamente, es sólo psicológico, no es todavía moral, es decir querido. Pero de todos modos ¿cómo me hubiera gustado que esas personas no existan! Su desaparición, su muerte, serían para mí como una liberación.

Es natural que en una comunidad existan tanto esos acercamientos de sensibilidades, como esos bloqueos entre sensibilidades diferentes. Ambos se producen por la inmadurez de la vida afectiva y por una cantidad de elementos de nuestra infancia sobre los cuales no tenemos ningún control. No se trata de negarlos.

Si nos dejamos guiar por nuestras emociones, muy pronto surgirán los clanes en el interior de la comunidad. Ya no será entonces una comunidad, sino grupos de personas más o menos cerrados sobre sí mismos y bloqueados con respecto a los demás. Cuando se entra en ciertas comunidades, en seguida se sienten estas tensiones y estas guerras subterráneas. Las personas no se miran a la cara. Cuando se cruzan en los pasillos, son como barcos en la noche. Una comunidad es una comunidad solamente cuando la mayoría de sus miembros ha decidido conscientemente romper esas barreras y salir del capullo de las “amistades” para tender la mano al “enemigo”.

Pero es un largo camino a recorrer. Una comunidad no se hace en un día. En realidad, ¡nunca termina de hacerse! Siempre está, ya sea en progresión hacia un amor más grande, ya sea en regresión.

* * *

El enemigo me da miedo. Soy incapaz de escuchar su grito, de responder a sus necesidades o sus actitudes agresivas y dominantes me ahogan. Yo huyo de él y quisiera que desapareciera.

En realidad, él me hace tomar conciencia de una debilidad, de una falta de madurez, de una pobreza en mi interior. Y quizás eso es lo que yo me niego a mirar. Los defectos que critico en los demás, frecuentemente son mis propios defectos que me niego a mirar de frente. Aquellos que critican a los demás y a la comunidad y buscan una comunidad ideal, a menudo huyen de sus propios defectos y debilidades. Rechazan su sentimiento de insatisfacción, su herida.

El mensaje de Jesús es claro: “Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltraten. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra... Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman” (Lc 6,27-32).

* * *

El “falso amigo” es aquel en quien yo no veo más que “pretendidas” cualidades. Suscita en mí una cierta vitalidad, un bienestar. Me revela a mí mismo y me estimula. Es por eso que lo amo.

El “enemigo”, por el contrario, estimula en mi emociones que no deseo mirar: agresividad, celos, miedo, falsa dependencia, odio, todo ese mundo da tinieblas que existe en mi.

Mientras no acepte que soy una mezcla de luz y de tinieblas, de cualidades y de defectos, de amor y de odio, de altruismo y de egocentrismo, de madurez y de inmadurez, continuo dividiendo el mundo en “enemigos” (los “malos”) y “amigos” (los “buenos”); sigo levantando barreras dentro y fuera de mi y propagando prejuicios.

Cuando acepto que tengo debilidades y defectos, pero que también puedo progresar hacia la libertad interior y hacia un amor más verdadero, entonces puedo aceptar los defectos y debilidades de los demás; ellos también pueden progresar hacia la libertad del amor. Puedo mirar a todos los hombres con realismo y amor. Todos somos personas mortales y frágiles, pero todos tenemos una esperanza, porque crecer es posible.

El perdón en el interior de la comunidad

Pero ¿es posible aceptarse a sí mismo con sus tinieblas, sus debilidades, incluso sus faltas, sus miedos, sin la revelación de que Dios nos ama? Cuando descubrimos que el Padre ha enviado a su Hijo único y bienamado, no para juzgarnos y condenarnos sino para curarnos, salvarnos y guiarnos por los caminos del amor; cuando descubrimos que ha venido a perdonarnos porque nos ama desde las profundidades de su ser, entonces podemos aceptarnos a nosotros mismos. Hay una esperanza. Amar es posible. Es posible aceptar a los demás y perdonar.

* * *

Mientras yo no vea en el otro más que cualidades que reflejan las mías, no hay crecimiento posible; la relación permanece estática y se romperá tarde o temprano. Una relación entre personas es auténtica y estable sólo cuando está fundada en la aceptación de las debilidades, el perdón y la esperanza de un crecimiento.

Si la cumbre de la vida comunitaria es la celebración, su corazón es el perdón.

* * *

La comunidad es el lugar del perdón. A pesar de toda la confianza que podamos tenernos unos a otros, siempre hay palabras que lastiman, actitudes en que nos ponemos a la defensiva, situaciones en que las susceptibilidades se chocan. Por eso vivir juntos implica una cierta cruz, un esfuerzo constante y una aceptación que es un perdón mutuo de cada día. San Pablo dice:

Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos (*Col 3,12-15*).

Sé paciente

Nosotros no somos dueños de nuestras sensibilidades, de nuestras atracciones ni de nuestras repulsiones, que vienen de esas profundidades de nuestro ser que podemos más o menos controlar. Lo máximo que podemos hacer es esforzarnos por no seguir estas inclinaciones que son barreras en el

interior de la comunidad. Debemos esperar que venga el Espíritu Santo a perdonar, purificar y podar las ramas un poco retorcidas de nuestro ser.

Nuestra sensibilidad está constituida por mil miedos y egoísmos desde nuestra infancia, y también por los gestos de amor y por el don de Dios. Es una mezcla de tinieblas y de luz. Y esta sensibilidad no puede ser rectificadora en un día. Esta rectificación requiere mil purificaciones y perdones, esfuerzos de cada día, y sobre todo un don del Espíritu Santo que nos renueve desde el interior.

* * *

Transformar poco a poco nuestra sensibilidad para poder comenzar a amar realmente al enemigo, es un trabajo a largo plazo. Debemos ser pacientes con nuestras sensibilidades y nuestros miedos, misericordiosos con nosotros mismos. Para dar ese paso hacia la aceptación y el amor al otro, a todos los demás, es necesario comenzar simplemente por reconocer nuestros bloqueos, nuestros celos, nuestro modo de compararnos, nuestros prejuicios y nuestros odios más o menos conscientes, reconocer que somos pobres tipos, que somos lo que somos. Y pedir perdón a nuestro Padre. Y luego es conveniente hablar de esto con un sacerdote o un hombre de Dios, que podrá quizás hacernos comprender lo que nos está pasando, confirmarnos en nuestros esfuerzos de rectificación y ayudarnos a descubrir el perdón de Dios.

* * *

Al mismo tiempo, debo tratar lealmente de ver las cualidades del “enemigo”. ¡Algunas tendrá, a pesar de todo! Pero ya que yo tengo miedo de él, quizás él tiene miedo de mí. Si yo estoy bloqueado, él también puede estarlo. Para dos personas que se tienen miedo, es difícil descubrir sus mutuas cualidades. ¡Necesitamos un mediador, un reconciliador, un artesano de la paz, una persona en quien yo tenga confianza y que, estoy seguro, se entiende bien con el enemigo. Si yo confieso a esta persona mis dificultades, quizás ella podrá ayudarme a descubrir las cualidades del “enemigo”, o por lo menos a comprender mis actitudes y mis bloqueos. Y luego, habiendo visto sus cualidades, podré un día utilizar mi lengua para hablar bien de él. Es un largo camino que llegará en un momento dado al gesto final, en que le pediré al antiguo enemigo un consejo o un favor. Llega mucho más que a uno le pidan ayuda o un favor que el hecho de que nos quieran hacer un favor o que nos quieran hacer bien.

Y durante todo ese tiempo, el Espíritu Santo puede ayudarnos a rezar por el “enemigo”, para que también él crezca como Dios quiere, a fin de que un día pueda realizarse el gesto de la reconciliación.

El Espíritu Santo vendrá un día a liberarme de este bloqueo de antipatía o quizás me dejará caminar con ese aguijón en mi carne que me humilla y me obliga a realizar nuevos esfuerzos cada día.

No se trata de inquietarse por los malos sentimientos, y menos todavía de sentirse culpable. Se trata de pedir perdón a Dios como niños pequeños y continuar caminando. Si el camino es largo, no hay que desanimarse. Uno de los roles de la vida comunitaria es justamente el de ayudarnos a continuar nuestra ruta en la esperanza, a aceptarnos tal cual somos y a aceptar a los otros tal cual son.

La paciencia, igual que el perdón, están en el corazón de la vida comunitaria: paciencia con nosotros mismos y las leyes de nuestro propio crecimiento, y paciencia con los demás. La esperanza comunitaria está fundada en la aceptación y el amor de la realidad de nuestro ser y la de los demás, y en la paciencia y la confianza necesarias para el crecimiento.

La confianza mutua

En el corazón de la comunidad existe esa confianza mutua de unos en los otros que nace del perdón cotidiano y de la aceptación de nuestras debilidades y pobreza. Pero esta confianza no nace en un día. Por eso se necesita tiempo para formar una verdadera comunidad. Cuando alguien entra en una

comunidad, representa siempre un personaje porque quiere ser de acuerdo a lo que los demás esperan de él. Poco a poco descubre que los otros lo quieren tal cual es y tienen confianza en él. Pero la confianza debe ser probada y crecer siempre.

Los recién casados se quieren mucho quizás, pero este amor tiene a veces un elemento superficial y excitante ligado al descubrimiento del amor. El amor es todavía más profundo en los matrimonios de más edad, que han vivido pruebas juntos y saben que el otro será fiel hasta la muerte. Saben que nada puede romper su unión.

Lo mismo sucede en nuestras comunidades: luego de sufrimientos, de pruebas muy grandes, de tensiones, luego de la prueba de la fidelidad, la confianza crece. Una comunidad en la que existe una verdadera confianza mutua, es una comunidad inquebrantable.

* * *

La comunidad, por lo tanto, no es simplemente un grupo de gente que viven juntos y se quieren; es una corriente de vida, un corazón, un alma, un espíritu. Son personas que se quieren mucho unas a otras y que están todas en tensión hacia la misma esperanza. Esto es lo que produce esa especial atmósfera de alegría y acogida que caracteriza a la verdadera comunidad.

Por lo tanto, yo os pido por el estímulo del vivir en Cristo, por el consuelo del amor, por la comunión en el Espíritu, por la entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos (*Flp 2,1-2*).

Esta atmósfera de alegría resulta del hecho de que cada uno se siente libre de ser él mismo, desde lo más profundo de su ser. No tiene necesidad de representar un personaje, de pretender ser mejor que los demás, de tratar de realizar proezas para ser querido. Ha descubierto que es amado por sí mismo y no por sus capacidades intelectuales o manuales.

Cuando alguien comienza a quitar las barreras y los miedos que le impiden ser él mismo, se simplifica. La simplicidad consiste precisamente en ser uno mismo, sabiendo que los demás nos aman tal como somos. Es saberse aceptado con sus cualidades, sus defectos, en lo profundo de su persona.

Yo descubro cada vez más que la gran dificultad para muchos de los que vivimos en comunidad es la falta de confianza en nosotros mismos. Tenemos tan fácilmente la impresión de que no somos amables en el fondo de nuestro ser, y que si los otros nos vieran tal como somos nos rechazarían. Tenemos miedo de todo lo que es tenebroso en nosotros, de nuestras dificultades en el plano de la vida afectiva o de la sexualidad. Tenemos miedo de no poder amar verdaderamente. Pasamos tan fácilmente de la exaltación a la depresión, pero ni la una ni la otra son expresión de lo que verdaderamente somos. ¿Cómo convencernos de que somos amados en nuestra pobreza y nuestras debilidades y de que nosotros también somos capaces de amar?

He ahí el secreto del crecimiento en comunidad. ¿Acaso no resulta de un Dios que quizás pasa a través de otros? Cuando descubrimos que Dios y los demás tienen confianza en nosotros, es más fácil tener confianza en uno mismo y la confianza de los demás puede crecer.

* * *

Vivir en comunidad, es descubrir y amar el secreto de su persona en lo que ésta tiene de único; De este modo devenimos libres. No vivimos más, entonces, según los deseos de los demás o de acuerdo a un personaje, sino a partir del llamado profundo de nuestra persona, y devenimos libres para descubrir la persona profunda del otro.

El derecho de ser uno mismo

Siempre he querido escribir un libro que llevaría como título: “El derecho de ser torpe”. Sería quizás más justo decir: “El derecho de ser uno mismo”. Una de las grandes dificultades de la vida comunitaria es que a veces se obliga a la gente a ser distinta de lo que es; se les impone un ideal al cual deben adecuarse. Si no consiguen adecuarse a la imagen que los demás se han hecho de ellos temen no ser amados o por lo menos tienen miedo de decepcionar.

Si lo consiguen, creen ser perfectos. Ahora bien, en una comunidad no se trata de tener gente perfecta. Una comunidad está hecha de personas ligadas unas a otras, cada una compuesta de esa mezcla de bien y de mal, de tinieblas y de luz, de amor y de odio. Y la comunidad no es más que la tierra donde cada uno puede crecer sin temor hacia la liberación de las fuerzas de amor que están escondidas en él. Pero sólo puede haber crecimiento si reconocemos que tenemos una posibilidad de progreso, y por lo tanto que nuestro interior todavía esta lleno de cosas que debemos purificar, de tinieblas que debemos transformar en luz, de miedos que debemos transformar en confianza.

Frecuentemente en la vida comunitaria se espera demasiado de las personas y se les impide reconocerse y aceptarse tal como son. Se las juzga y se las clasifica tan fácilmente en categorías. Y entonces se ven obligadas a esconderse detrás de una máscara. ¡Pero ellas tienen derecho a ser desmañadas, a estar llenas de tinieblas en su interior, a tener rincones todavía endurecidos en su corazón, donde se esconden los celos e incluso el odio! Estos celos, estas inseguridades son naturales; no son “enfermedades vergonzosas”. Forman parte de nuestra naturaleza herida. Esta es nuestra realidad. Hay que aprender a aceptarlas; a vivir con ellas sin dramatizar y poco a poco, sabiéndonos perdonados, caminar hacia la liberación.

En algunas comunidades, veo personas que viven una especie de culpabilidad inconsciente; ellas tienen la impresión de que no son lo que deberían ser. Necesitan que las confirmen y que las animen a la confianza. Deben sentir que pueden compartir incluso sus debilidades sin ser rechazadas.

* * *

En la comunidad hay gente muy herida psicológicamente, y que tienen verdaderos bloqueos y neurosis profundas. Han sido terriblemente golpeados durante su infancia y, dada su vulnerabilidad, han tenido que construir enormes barreras. No siempre se trata de enviarlos al psiquiatra ni de hacerlos tratar con psicoterapias. Muchas personas están llamadas a vivir toda su vida con estos bloqueos y estas barreras. Ellas también son hijas de Dios y Dios puede actuar por ellas y con ellas, con sus neurosis, para bien de la comunidad. Ellas también deben ejercitar su don. No “psiquiatricemos” demasiado las cosas y, a través del perdón de cada día, ayudémonos unos a otros a aceptar estas neurosis y estas barreras.

¡Por otra parte, es la mejor manera de hacerlas desaparecer!

Hemos sido llamados juntos tal como somos

En las comunidades cristianas, Dios parece complacerse en llamar en la misma comunidad, a personas humanamente muy diferentes, que vienen de culturas, clases o países muy diferentes. Las comunidades más hermosas son justamente el resultado de esa gran diversidad de personas y temperamentos. Esto obliga a cada uno a superar sus simpatías y antipatías para amar al otro con sus diferencias.

Jesús eligió para vivir con él en aquella primera comunidad de apóstoles, a hombres profundamente diferentes: Pedro, Mateo (el publicano). Simón (el zelote), Judas... Jamás hubieran podido andar juntos si el Maestro no los hubiera llamado.

* * *

No hay que buscar la comunidad ideal. Se trata de amar a los que Dios ha puesto a nuestro lado hoy. Ellos son para nosotros, signos de la presencia de Dios. Nosotros hubiéramos querido quizás personas diferentes, más alegres y más inteligentes. Pero son ellos los que Dios nos ha dado, los que ha elegido para nosotros. Con ellos debemos crear la unidad y vivir la alianza.

* * *

Cada vez me llama más la atención la gente insatisfecha en la comunidad. Cuando integran pequeñas comunidades, quisieran comunidades más grandes, donde estén mejor alimentados, sostenidos, y donde haya más actividades comunitarias o liturgias más bellas y preparadas. Y cuando están en comunidades grandes, sueñan con esas pequeñas comunidades ideales. Los que tienen mucho que hacer sueñan con tener largos ratos de oración; los que disponen de mucho tiempo para ellos, parecen aburrirse y buscan desesperadamente cualquier actividad que le dé un sentido a su vida. ¿Acaso no soñamos todos con esa comunidad ideal, perfecta, donde vivamos plenamente en paz, en perfecta armonía, habiendo encontrado ese equilibrio entre exterioridad e interioridad, donde todo se haga en la alegría?

Es difícil hacer comprender a la gente que este ideal no existe, que el equilibrio personal y esa armonía soñada llegan recién después de años y años de luchas y sufrimientos y que, incluso entonces llegan sólo a modo de toques de gracia y de paz. Si buscamos demasiado nuestro equilibrio, yo diría incluso, si buscamos demasiado nuestra propia paz, nunca la lograremos porque la paz es fruto del amor y por lo tanto del servicio a los demás. A muchos comunitarios que buscan este ideal inaccesible, me gustaría decirles: “No busques más la paz, pero allí donde estás, entrégate; cesa de mirarte y mira a tus hermanos y hermanas necesitados. Acércate a éstos que Dios te ha dado en esta comunidad hoy; trabaja con las referencias que Dios te ha dado hoy. Pregúntate mejor cómo puedes hoy amar más a tus hermanas y hermanos. Entonces encontrarás la paz; encontrarás reposo y ese famoso equilibrio que buscas entre interioridad y exterioridad, entre oración y actividad, entre tu tiempo y el tiempo para los demás. Todo se resolverá en el amor. No debes perder más el tiempo persiguiendo la comunidad perfecta. Vive plenamente tu vida en tu comunidad hoy. Deja de fijarte en los defectos que tiene (¡y gracias a Dios que tiene defectos!); fíjate más bien en tus propios defectos y sabe que estás perdonado y que puedes a tu vez perdonar a los demás y entrar hoy en esa conversión del amor”.

* * *

A veces es más fácil escuchar los gritos –esos gritos que surgen de las heridas– de los pobres que están lejos, que escuchar los gritos de los hermanos y hermanas de la comunidad. No reporta ninguna gloria responder al grito del que está a mi lado día tras día y me molesta.

Quizás sólo podremos responder a los gritos de los demás cuando hayamos reconocido y asumido el grito de nuestra propia herida.

Comparte tu debilidad

Aceptar nuestras debilidades y las de los demás, es todo lo contrario de la falta de energía. No es una aceptación fatalista, sin esperanza. Es esencialmente una preocupación por la verdad, por no vivir en la ilusión y poder crecer a partir de lo que se es y no de lo que se quisiera ser ni de lo que los demás quisieran que uno fuera. Solamente cuando somos conscientes de quienes somos y de quienes son los demás, con nuestras riquezas y debilidades, y cuando somos conscientes del llamado de Dios y de la vida que El nos da, podremos construir algo juntos. La fuerza de la vida debe surgir de la realidad de lo que somos.

* * *

Cuanto más profunda se hace una comunidad, tanto más frágiles y sensibles se vuelven sus miembros. A veces podría creerse lo contrario: que ya que los miembros tienen tal confianza unos en otros, se hacen cada vez más fuertes. Es cierto, pero esto no suprime esa fragilidad y esa sensibilidad que están en la raíz de una gracia nueva y que nos hacen en cierto modo dependientes unos de otros. Amar es devenir débil y vulnerable; es bajar las barreras y los caparazones con respecto a los demás; es dejar a los demás entrar en uno y volverse delicado para entrar en ellos. El cimiento de la unidad es la interdependencia.

El otro día, Didier explicaba esto a su manera, en un encuentro comunitario: “Una comunidad se construye como una casa, con piedras de todas clases. Pero lo que mantiene las piedras juntas es el cemento. Y el cemento está hecho con arena y cal, que son materiales muy frágiles: una ráfaga basta para que vuelen y se conviertan en polvo. De igual modo, en la comunidad lo que nos une, nuestro cemento está hecho con lo que en nosotros hay de más frágil y pobre”.

* * *

La comunidad está hecha de delicadezas de las personas entre sí, en lo cotidiano. Está hecha de pequeños gestos, de servicios y sacrificios que son signos constantes de que “yo te quiero” y de que “me siento feliz de estar contigo”. Es dejar adelantarse al otro, no tratar de probar que tenemos razón en una discusión; es asumir las pequeñas cargas para evitárselas al vecino.

Si vivir en comunidad consiste en bajar las barreras que protegen nuestra vulnerabilidad para reconocer y acoger nuestras debilidades, a fin de crecer mejor, es normal que los miembros separados de su comunidad se sientan terriblemente vulnerables. Las personas que viven continuamente en las luchas de la sociedad, se ven obligadas a crear caparazones a su alrededor para esconder su vulnerabilidad.

Ha sucedido a veces que algunas personas que habían pasado mucho tiempo en el Arca, al volver a su familia descubren en ella una cantidad de elementos de agresividad que les cuesta mucho soportar. Creían que estos elementos ya no existían más. Empiezan entonces a dudar de su llamado y de su verdadera persona profunda. Estas agresividades son normales. Esas personas habían suprimido una cantidad de barreras, pero no se puede vivir vulnerable con personas que no respetan esta vulnerabilidad.

Ejercer el propio don

Utilizar su propio don es construir la comunidad. No ser fiel a su don es perjudicar a toda la comunidad y a cada uno de sus miembros. Por lo tanto es importante que cada miembro conozca su don, lo ejerza y se sienta responsable de su crecimiento; que sea reconocido en su don por los demás y que les dé cuenta del uso que hace de este don. Los otros tienen necesidad de este don, por lo tanto tienen derecho a saber cómo está siendo ejercido y deben animar a su poseedor a que lo haga crecer y a que sea fiel. Cada uno, de acuerdo a su don, encuentra un lugar en la comunidad. Deviene no solamente útil sino único y necesario para los demás. Solamente de este modo se desvanecen las rivalidades y los celos.

* * *

Elizabeth O'Connor cuenta la historia de una anciana señora que había entrado en su comunidad. Junto con un grupo de personas trataba de discernir cuál era su don. Ella creía que no tenía ninguno. Unos y otros, para reconfortarla, le insistían: “Tu don es tu presencia”. Pero ella no quedaba satisfecha. Unos meses más tarde descubrió su don: era el de llevar nominalmente a cada miembro de la comunidad delante de Dios en una oración de intercesión. Cuando ella comunicó este descubrimiento a los demás, encontró su lugar vital en la comunidad. Los otros sabían que de algún modo tenían necesidad de ella y de su oración para ejercer mejor sus propios dones.

* * *

Los celos son una de las calamidades que destruyen la comunidad. Son el resultado de ignorar el propio don o de no creer suficientemente en él. Si estuviéramos convencidos de nuestro propio don, no tendríamos celos del de los demás, que siempre parece más bello.

* * *

Muchas comunidades forman (¿deforman?) a sus miembros de modo que todos se parezcan, como si esto fuera una cualidad basada en la abnegación. En ese caso, la comunidad se funda en la ley o en la regla. Por el contrario, es necesario que cada uno crezca en el ejercicio de su don para construir la comunidad y para hacerla más bella e irradiante, más signo del Reino.

Y no debemos mirar solamente el don más exterior, el talento. Hay dones escondidos, latentes, mucho más profundos, ligados a los dones del Espíritu Santo y al amor que están llamados a florecer.

* * *

Algunas personas tienen talentos excepcionales: son escritores, artistas, administradores competentes. Estos talentos pueden devenir dones. Pero a veces la personalidad está tan implicada en su actividad que se adquieren malos hábitos y esos talentos se ejercen en más o en menos para la gloria de la persona o por un deseo de probarse o de dominar. En ese caso, es mejor que la persona no ejerza sus talentos en comunidad. Le costaría mucho ejercerlos para bien de los otros. Ella debe descubrir un don más profundo. Otros, por el contrario, son los suficientemente dúctiles y abiertos o su personalidad está menos formada o determinada. Estos pueden utilizar sus habilidades como un don al servicio de la comunidad.

* * *

En una comunidad cristiana, todo depende de que cada persona es un eslabón indispensable en una cadena. La cadena es irrompible sólo cuando hasta el eslabón más pequeño está sólidamente ajustado. Una comunidad que se permite tener miembros desempleados, morirá por ellos. Por eso es bueno que cada uno de los miembros reciba una tarea específica que debe realizar para la comunidad; de este modo, en los momentos de duda, sabrá que no es inútil.

Una comunidad cristiana debe darse cuenta de que no solamente el débil tiene necesidad del fuerte, sino que tampoco el fuerte puede existir sin el débil... La eliminación del débil es la muerte de la comunidad.

* * *

El don es lo que se aporta a la comunidad para edificarla, para construirla. Si no somos fieles, habrá una carencia en la construcción.

San Pablo insiste en el lugar que ocupan los dones carismáticos en esta edificación. Pero hay muchos otros relacionados más directamente con una cualidad del amor. Bonhoeffer¹⁴ habla de los diferentes ministerios que necesita la comunidad: el de no juzgar, el de la humildad y la mansedumbre, el de saber callarse cuando nos critican, el de escuchar, el de estar siempre dispuesto a prestar servicio en las pequeñas cosas de la vida, el de llevar y soportar a los hombres, el de perdonar, el de proclamar la palabra, el de decir la verdad y, finalmente, el ministerio de la autoridad.

¹⁴ *De la vie communautaire*, coll. Foi vivante, 83, Neuchatel, Delauchaux et Niestlé, 1968, cap. IV.

El don no está necesariamente ligado a una función. Puede ser la cualidad de amor que anima una función; y también puede ser una cualidad de amor manifestada en la comunidad fuera de toda función. Están aquellos que tienen el don de sentir inmediatamente e incluso de vivir el sufrimiento de otro; es el don de la compasión; otros tienen el don de sentir cuando algo va mal y pueden poner rápidamente el dedo en la causa; tienen el don de discernimiento; otros tienen el don de la luz: ven claro en todo lo que se refiere a las opciones fundamentales de la comunidad; otros tienen el don de animar y de crear una atmósfera propicia a la alegría, la distensión y el crecimiento profundo de cada uno; otros tienen el don de discernir el bien de las personas y de sostenerlas; otros tienen el don de la acogida. Cada uno tiene su don y debe poder ejercerlo para bien y crecimiento de todos.

Pero existe también en el corazón del corazón de la persona, su unión profunda y secreta con su Dios, su Esposo, que corresponde a su nombre secreto y eterno. Nosotros hemos sido hechos ciertamente para ser alimento unos de otros (y cada uno es una forma diferente de alimento), pero sobre todo hemos sido hechos para vivir esa relación única con nuestro Padre en su hijo Jesús. El don es como la irradiación sobre la comunidad de esta unión secreta; de ella deriva y la prolonga.

El secreto de la persona

La comunidad es el lugar del crecimiento hacia la liberación interior de cada uno, del desarrollo de su conciencia personal, de su unión con Dios, de su conciencia de amor y de su capacidad de don y de gratitud. Ella no puede jamás tener primacía sobre las personas. Por el contrario, la belleza y la unidad de una comunidad resultan de la irradiación de cada conciencia personal, luminosa, verdadera, amante y libremente unida a los demás.

Algunas comunidades (que no son verdaderas comunidades sino más bien agrupamientos o sectas) tienden a suprimir la conciencia personal con el pretexto de conseguir una mayor unidad. Tienden a impedir que la gente piense, que posea una conciencia personal; tienden a suprimir el secreto y la intimidad de la persona como si todo lo que se relaciona con la libertad personal estuviera en contra de la conciencia de unidad del grupo y constituyera una traición. Todos deben pensar lo mismo; por lo tanto se manipulan las inteligencias: es un lavado de cerebro. Las personas devienen autómatas. Esta unidad se basa en el miedo: miedo de ser uno mismo o de quedarse solo si se separa de los demás, miedo de la autoridad tiránica, miedo de fuerzas ocultas y de represalias (si alguna vez uno se separa del grupo). Las sociedades secretas y algunas sectas tienen un poder de seducción tan grande porque, para las personas que no tienen confianza en sí mismas y que poseen personalidades débiles, es a veces mucho más seguro estar totalmente atadas a los demás, pensar únicamente lo que ellos piensan, obedecer sin reflexionar y ser manipuladas. Hay un sentimiento de solidaridad muy grande. La persona profunda renuncia a favor del poderío del grupo, del cual se hace casi imposible salir. Hay como una especie de chantaje latente; la gente se ve comprometida hasta tal punto que ya no se puede ir.

En una verdadera comunidad, cada persona debe tener la posibilidad de preservar el secreto profundo de su ser, que no necesariamente tiene que entregar a los demás, ni siquiera compartir. Hay ciertos dones de Dios, ciertos sufrimientos, ciertas fuentes de inspiración que no deben ser entregados a toda la comunidad. Y cada uno debe poder tener la posibilidad de profundizar en su conciencia personal. Allí reside precisamente la debilidad y la fuerza de la comunidad: debilidad porque hay algo desconocido, lo desconocido de la conciencia personal de cada uno que, por razón de su libertad, puede profundizar la gratitud y el don y por ellos construir la comunidad; o, por el contrario, ser infiel al amor, devenir más egoísta, renunciar y perjudicar así a la comunidad; debilidad también porque si existe una primacía total de la persona y de su unión con Dios y con la verdad, ésta puede por un nuevo llamado de Dios encontrar otro lugar en la comunidad, no asumir más la función que podía parecer más útil a la comunidad, o incluso abandonarla físicamente. Los designios de Dios sobre una persona no son siempre los designios de los hombres ni de los responsables. Pero esta primacía de la persona es igualmente una fuerza, porque no hay nada más fuerte que un corazón que ama y que se da gratuitamente a Dios y a los demás. El amor es más fuerte que el miedo.

* * *

En su último discurso a los apóstoles, tres veces ora Jesús para que sean uno como Él y el Padre son uno, “que sean consumados en la unidad”. Estas palabras se aplican a veces a la unidad de los cristianos de diferentes Iglesias, pero en primer lugar y antes que nada deben aplicarse a la unidad en el interior de las comunidades. Hacia esa unidad deben tender las comunidades: “un solo corazón, una sola alma, un solo espíritu”.

Me parece que hay un don especial que hay que pedir al Espíritu Santo, el don de la unidad en toda su profundidad y con todas sus implicaciones. Y es verdaderamente un don de Dios al que tenemos el derecho y el deber de aspirar.

Y este don de la comunidad, este don de la unidad, viene cuando cada miembro es plenamente él mismo, vive totalmente el amor y ejerce su don único y diferente del de los demás. Entonces la comunidad es una, porque se encuentra plenamente bajo la acción del Espíritu.

La oración de Jesús es asombrosa. Su visión va mucho más lejos de lo que los hombres pueden imaginar o desear. La unidad del Padre y del Hijo es total, substancial. Cada comunidad debe tender hacia esa unidad, pero ella sólo puede realizarse en el orden místico, por y en el Espíritu Santo. Mientras estamos en la tierra lo único que podemos hacer es caminar humildemente hacia ella.

* * *

Cuándo dos o tres se reúnen en su nombre, Jesús está presente. La comunidad es signo de esta presencia, es signo de la Iglesia. Muchos de los que creen en Jesús, viven más o menos en la angustia: la mujer golpeada por su marido, el enfermo en el hospital psiquiátrico, la persona que vive sola, demasiado frágil para vivir con otros. Todas estas personas pueden poner su esperanza en Jesús. Sus sufrimientos son en cierto modo signo de la Cruz, signo de una Iglesia que sufre. Pero la comunidad orante y amante es signo de resurrección.

* * *

Mientras existan miedos y prejuicios en los corazones de los hombres, habrá guerras y desigualdades indignantes. Para resolver los grandes problemas políticos, en primer lugar hay que cambiar los corazones. La comunidad es el lugar vital que permite a los hombres ser personas, curarse y hacer crecer su afectividad profunda, mientras caminan hacia la unidad y la liberación interior. Al disminuir los miedos y los prejuicios, aumenta la confianza en Dios y en los demás y la comunidad puede irradiar y dar testimonio de un estilo y de una calidad de vida que darán una solución a los conflictos de nuestro mundo. La respuesta a la guerra es vivir como hermanos y hermanas; la respuesta a las desigualdades es el compartir; la respuesta a la desesperación es una confianza y una esperanza sin límites; la respuesta a los prejuicios y al odio es el perdón.

Sí, trabajar por la comunidad es trabajar por la humanidad. La paz es trabajar por una solución política verdadera, es trabajar por el Reino de Dios; es trabajar para que cada persona pueda gustar y vivir las alegrías secretas de la unión con el eterno.

Conclusión

Hemos hablado mucho de la comunidad: la comunidad como lugar del perdón y de la fiesta, la comunidad como lugar de crecimiento y de liberación. Pero cuando todo haya sido hecho y todo haya sido dicho, faltará que cada uno, en el fondo de su ser, aprenda todos los días a asumir su propia soledad.

En efecto, hay en el corazón del corazón de cada uno de nosotros una herida, la llaga de nuestra propia soledad, que se revela especialmente en los momentos de fracaso, pero sobre todo en el momento de la muerte. Este paso jamás se da en comunidad; lo damos absolutamente solos. Y todo sufrimiento, toda tristeza, toda forma de depresión es un pregonar esa muerte, una manifestación de esa llaga que está en el fondo de nosotros y que forma parte de la condición humana. Porque nuestros corazones están sedientos de infinito, de algo que esté fuera del tiempo, de una felicidad sin fin. Al corazón humano jamás podrán satisfacerle los límites que son siempre signos de muerte. Por eso está constantemente insatisfecho. De vez en cuando, hay toques de infinito en el arte, la música, la poesía; hay momentos de comunión y de amor, momentos de oración y de éxtasis, pero esos momentos siempre son cortos. Enseguida volvemos a caer en las insatisfacciones causadas por nuestras propias limitaciones y las de los demás.

Solamente cuando descubrimos que el fracaso, las depresiones e incluso nuestros pecados pueden convertirse en ofrenda, en materia de sacrificio, y por ese medio, en puerta a la eternidad, recobramos cierta paz. Solamente cuando hemos aceptado la condición humana con todas sus limitaciones, sus contradicciones y su búsqueda desesperada de felicidad, y cuando hemos descubierto que las bodas eternas vendrán como un don después de la muerte, recobramos la confianza.

Ni siquiera la comunidad más hermosa y maravillosa podrá curar jamás esa llaga de soledad que llevamos, Solamente cuando hemos descubierto que la soledad puede convertirse en sacramento, entramos en la sabiduría, porque el sacramento es el lugar de la purificación y de la presencia de Dios. Cuando no huíamos más de esta soledad y hayamos aceptado esta llaga descubriremos que a través de ella nos encontraremos con Jesucristo. Cuando cesamos de huir en el trabajo o en el ruido y nos detenemos con y en esta herida, nos encontramos con Dios. Porque Él es el Paráclito, el que responde a nuestro grito que surge desde el fondo de las tinieblas de nuestra soledad.

Los que van al matrimonio creyendo poder así desalterar su sed de comunión y sanar su llaga, no serán felices. De igual modo los que entran en una comunidad esperando llenar su vacío y sanar, quedarán decepcionados. Solamente cuando hayamos comprendido y asumido esa llaga y hayamos aceptado caminar con ella, encontraremos el verdadero sentido del matrimonio y el verdadero sentido de la comunidad. Solamente cuando me mantengo de pie con todas mis pobreza y mis sufrimientos y busco más sostener a los demás que replegarme sobre mi mismo, puedo vivir plenamente la vida comunitaria y la vida matrimonial. Solamente cuando dejo de creer que los demás son un refugio para mí, me transformo, a pesar de todas mis heridas en fuente de consuelo y de vida, y descubro la paz.

Jesús es el maestro de la comunidad y su enseñanza conduce a la creación de comunidades cristianas basadas en el perdón, que se perfeccionan en la celebración. Pero Él murió abandonado por sus amigos, crucificado en una cruz, rechazado por la sociedad humana, por los jefes religiosos y por su propio pueblo. Una sola persona lo comprendía y vivía la realidad: María, su madre, que estaba al pie de la cruz. Ya no era más una realidad comunitaria; era una comunión que superaba toda comunidad. El maestro de la comunidad incluso gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, y “Tengo sed”.

La vida comunitaria existe para ayudarme a no huir de la llaga profunda de mi soledad sino a permanecer en la realidad del amor, a creer poco a poco que es posible sanarme de mis ilusiones y mis egoísmos convirtiéndome en pan para los demás. En la vida comunitaria, estamos los unos para los otros, para crecer juntos y abrir nuestras llagas al infinito para dejar que a través de ellas se manifieste la presencia de Jesús.

Y luego, la comunidad con sus llagas está allí para acoger a los pobres y ser para ellos una fuente, ya que Dios hace surgir fuentes de agua viva de nuestros pechos para aquellos que tienen sed. La vida comunitaria es un signo de que nuestras vidas están marcadas por la muerte, pero que en esas muertes espirituales existe la realidad del perdón; podemos darnos la vida unos a otros por medio del perdón, porque hemos recibido el perdón de Dios.

Y las alegrías y las celebraciones comunitarias son signo de que más allá de todos los sufrimientos, de las purificaciones y las muertes, están las bodas eternas, la gran celebración de la vida. Hay un encuentro que nos plenificará; la llaga de nuestra soledad sanará. Vale la pena continuar caminando: hay una esperanza.

Cuise-la-Motte

Francia